

La voluntad de poder, es el núcleo mismo de nuestra vida. No tenemos nada más que ella misma. Estamos en ella y por ella somos lo que somos.

Para los espíritus famélicos que están plagados del espíritu de pesadez, para los ascéticos que ven la vida con distancia y cinismo, para los que actúan por el “tú debes”, ¿Qué consejo se les puede dar? ¿Qué medicina hay que prescribirles? ¿Solamente a través de la seducción?

La voluntad de poder no se puede eliminar pero sí se esconde, se le pone máscaras. Pero, ¿Cómo hacerles ver que detrás de esa máscara existe una verdadera pujanza por el regocijo mismo de estar vivo? ¿Cómo levantar el velo de Maya para ver la realidad (Que ya en cada momento está operando)? Me refiero a ver lo diáfano.

La voluntad de poder no puede negarse a sí misma (contra Schopenhauer), sucede todo lo contrario: ¡Se quiere a sí misma! No necesita fundamentos más que ella a sí misma (Muerte de Dios). Entonces: ¿De dónde surge aquello que la debilita? ¿Si la voluntad de poder quiere poder, por qué “se engaña a sí misma”? ¿Es acaso esto posible? ¿Acaso la persona que acepta una moral (burro) lo hace con la ilusión del fortalecimiento de su voluntad (¡Sí a la vida!), pero termina por una amansamiento de ella misma gracias a cargar la pesada carga de la moral? Y, ya que la voluntad esta amansada, ¿de dónde nace ese “NO!” del león? Y de nuevo, ¿de dónde nace el olvido y la inocencia del niño? ¿Sería como Kierkegaard el equivalente al salto del estadio estético al ético y luego al religioso? Y si se puede cotejar estos saltos del filósofo danés con los que propone Nietzsche, entonces ¿también estamos hablando de “saltos de fe” o es más bien una simple afirmación de la vida desde lo más profundo de nosotros? Para Nietzsche ¿se sabe o no se sabe lo que se afirma?

¿Acaso la respuesta va por el lado de la ontología Nietzscheana? Me refiero a la insistencia de él por ver a lo que llamamos ser como lo dionisiaco, es decir, creación. El mundo es arte, poesía; y como tal es creación constante. Si el dar el

sí afirmativo a la vida es acaso abrir las puertas a un mundo que es incognoscible pero divertido: creación y olvido. Si es el caso, entonces me parece que las posturas de ambos filósofos no dista tanto. Entonces la respuesta a la pregunta por el origen y dirección de la voluntad de poder ¿sería que se da desde lo más profundo de uno hacia lo más profundo del universo? ¿Un rencontrarnos (a la Platón) con lo que nos es más propio y que hemos olvidado?

Es decir, este “sí” del burro, este “no” del león y el olvido del niño, todos nacen de la voluntad de poder misma. Pero ¿en qué manera se distingue esta voluntad en los distintos estadios? ¿Tiene que ver con un grado de pureza? Y si sí, ¿de dónde viene la pureza sino de la voluntad de poder misma?

Esta pureza surge de adentro. El pastor del cual habla Zaratustra le cortó la cabeza al ouroboros con el estómago, desde dentro. La afirmación del eterno retorno desde lo más profundo que tenemos. Un amor fati que no se puede querer, pues quererlo implicaría que no se tiene. Es una amor fati que lo llevas a cabo, afirmándolo con un “Sí” que hace eco en toda la eternidad. Es un sí a la vida, tal cual se ha vivido, que viene a reivindicar el instante para alzarlo al estatuto de una eternidad deseable, digna de ser vivida infinitas veces. ¿Ese “sí” cómo llega? ¿Es que llega como un relámpago, a manera de inspiración, que lo lame a uno con su lengua de fuego? Cómo si la voluntad de poder que mora en la naturaleza dejara caer el velo de Maya haciéndonos perder nuestra individualidad y con ella bendiciéndonos con un sentimiento de unidad orgiástica dionisiaca con la naturaleza. ¿Este “Sí” nos pertenece? O se puede hablar que nos pertenece, pero sólo en tanto que también le pertenece a la naturaleza, al cosmos, a la existencia; haciendo por ello de este “Sí” una afirmación de la existencia por la misma existencia. Un “Sí” que se alza al unísono con el cosmos mismo, cantando el canto de las estrellas y de las flores. Esta afirmación de la vida siempre se da, aunque a veces de manera fría. Cuando la frialdad del tú debes nos nubla nuestra visión nos se nos hace difícil, casi imposible reconocer el núcleo que compone nuestra existencia; esta movilidad,

espontaneidad, juego, olvido. La razón se hace petulante, insincera. Pero esta inautenticidad ¿De dónde viene? ¿Qué la hace surgir? ¿Podemos decir que existe (al igual que cuando nos preguntamos con respecto del mal en Platón)? Me parece que la razón fría es olvido del olvido. Es este movimiento reflexivo que al flexionarse pierde su propio sentido, como si el intelecto que como espejo tuviera la consigna de reflejar el mundo se perdiera en sí mismo, que se queda sin contenido, como dos espejos puestos enfrente del otro. Este matiz es el que adopta la crítica de Schopenhauer y Nietzsche a Hegel. La intuición tiene un primado sobre la autoconciencia. Hegel y Platón hicieron del espejo, el intelecto, la imagen misma que debería de reflejarse y por tanto se perdían del mundo que se supone el intelecto debía de reflejar. La noción de Nietzsche con respecto al intelecto se parecería más a la concepción del Zen sobre la mente. Para ellos, la mente perfecta es como un espejo, puro y limpio. Acepta todo, niega nada. Recibe pero no retiene. Esta manera que tenemos de entender el mundo es dual dijo Schopenhauer. El mundo lo podemos entender como voluntad y como representación. Pero la cosa en sí es una. Kant cometió el grave error de hablar de las cosas en sí, así en plural. Porque la multiplicidad del mundo tiene que ver con las categorías de percepción que limitan la riqueza indiscutible que la cosa en sí posee. Sólo se puede hablar de multiplicidad cuando se tiene el principio de individuación, y este corresponde al intelecto, no a la voluntad. Por ello, me parece que el empoderamiento de la misma voluntad de poder sólo se puede dar desde sí misma, aunque esto implique que el ganarse es perderse. Esta es la verdad nietzscheana que destruye y crea a la vez. Verdad que sólo puede ser conferida por decir sí a la vida, desde su fugacidad eterna. El mayor impedimento para adoptar este nihilismo activo, creados perpetuo y rebosante de valores es el miedo que tenemos de reconocer lo que somos en profundidad. Este miedo, no es nuestro, no pertenece a nuestra "esencia" (para decirlo de una manera). La recibimos, nos hemos vuelto decadentes según Nietzsche al aceptar esa moral.